

Miguel Ángel Jordán

Erik, hijo de Árkhelan

EL EJÉRCITO
EN LA SOMBRA

 ediciones
ÁMBAR

Primera edición en esta colección: octubre, 2011

© Miguel Ángel Jordán, 2010
© de la presente edición, 2011, Ediciones Ámbar, S.L.
Víctor Balaguer, 12-16, 08191 — Rubí (Barcelona)
<http://www.ediambar.es>

Maquetación y diseño de portada: Aline Henry — www.alinehenry.com
Ilustración de portada: Silent Sei — www.silentsei.com
Ilustración de mapa: M. A. López de Astea — www.blancoandwhite.com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-92687-49-7
Depósito legal: B-36900-2010

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Kevin, Álvaro, Paula, Carla, Sandra y Eloy;
con todo mi cariño,
y
y la ilusión de que os guste aún más que el anterior...
Y menos que el próximo...*





Capítulo I

Erik abrió los ojos pero no se movió. Tardó unos segundos en recuperar del todo la conciencia, los suficientes para acostumbrarse a la penumbra de la habitación y comenzar a distinguir lo que le rodeaba. Robert dormía en la cama de al lado, respirando profundamente.

«Parece mentira que un niño de nueve años sea capaz de hacer tanto ruido», pensó Erik, aunque lo cierto era que ya se había acostumbrado a sus ronquidos y no le molestaban para dormir.

Dispuesto a aprovechar las últimas horas de sueño, el muchacho dio un par de vueltas sobre sí mismo y cerró los ojos. En ese mismo instante, escuchó el crujir de unas ramas en el exterior de la casa. Sobresaltado, se levantó sin hacer ruido, avanzó lentamente hacia la ventana y se asomó, escudriñando la oscuridad. La claridad de la luna le permitió distinguir unas figuras que se movían entre los árboles. No sabía de quiénes podría tratarse pero, de lo que sí que estaba seguro, era de que se dirigían hacia la casa. Pendiente como estaba de lo que ocurría fuera, no se percató de la nueva presencia que había entrado en la habitación hasta que sintió una mano en su hombro. Se volvió bruscamente, dispuesto a defenderse, y se encontró con el rostro de su padre. Árkhelan, con un dedo en los labios ordenándole silencio, le indicó que le siguiera.

Una vez fuera de la habitación, Erik se atrevió a hablar en voz baja.

—¿Quiénes son?

—No lo sé, pero pronto lo averiguaremos —respondió Árkhelan mientras cogía la espada y su ballesta.

Erik imitó a su padre y tomó sus armas. Sigilosamente, salieron por la puerta de atrás para evitar ser vistos. Rodearon la casa y se parapetaron tras unos barriles desde los que podían ver el acceso a la puerta principal.

En el silencio de la noche, fueron capaces de escuchar con claridad el sonido de unos pasos cautelosos sobre la arena. Desde su escondite, padre e hijo vigilaban conteniendo la respiración. Los últimos metros hasta la casa estaban desprovistos de árboles por lo que, quien quisiera llegar hasta ella, tendría que salir al descubierto, y así ocurrió.

De entre la arboleda, emergieron dos misteriosos personajes, que avanzaron mirando hacia todas partes, como temerosos de ser descubiertos. Los extraños iban completamente envueltos en sus capas. De las capuchas que ocultaban sus rostros emanaban pequeñas nubes de vaho al ritmo de su respiración. Era una noche fría, Erik sintió cómo se le entumecían las manos y se apresuró a cargar su arco antes de que le resultara más costoso. Miró a su padre, esperando instrucciones. Árkhelan colocó una flecha en la ballesta y tensó la cuerda procurando no hacer ruido. Cuando estuvo preparado, hizo un gesto con la cabeza a su hijo y ambos se incorporaron a la vez, apuntando a los extraños con sus armas.

—¡Alto! ¿¡Quién va!? —preguntó Árkhelan con voz potente. Los dos extraños, sorprendidos a mitad de camino entre la casa y los árboles, retrocedieron unos pasos sobresaltados—. ¡Quietos!

—¿¡Árkhelan!? —preguntó uno de los encapuchados.

—¿Quién eres?

—Árkhelan, soy yo —respondió el interpelado mientras descubría su rostro—: Galvián.



Una vez dentro de la casa, Árkhelan, como buen anfitrión, se preocupó de que sus invitados estuvieran lo más cómodos posible antes de disponerse a escuchar el motivo de su intempestiva visita. Erik, dudando de la oportunidad de su presencia, se dirigió hacia su habitación pero, antes de llegar a abrir la puerta, Galvián le rogó que se quedara con ellos. Cuando el muchacho tomó asiento, Árkhelan miró a sus huéspedes invitándoles a comenzar su narración. Galvián respiró profundamente y empezó a hablar:

—Mi escudero, Konrad, y yo hemos cabalgado casi sin descanso durante las últimas treinta horas y continuaremos nuestro viaje en cuanto os hayamos informado de los acontecimientos que han tenido lugar en los últimos días. —Tras una breve pausa y sin elevar el tono de voz, Galvián continuó su relato—: Como sabéis, he ocupado el cargo de general de la guardia real desde el día en que tú —dijo dirigiéndose a Árkhelan— renunciaste a él, hace ya ocho años. En este tiempo, han llegado a mi conocimiento diferentes estratagemas de sir William, Duque de Nordland y hermano del rey, destinadas a aprovechar su posición privilegiada para aumentar su fortuna y posesiones. Todavía está reciente la absurda campaña en tierras del norte que tantas vidas costó a nuestro ejército y que solo ha servido para aumentar el odio de los bárbaros hacia nuestro reino. —Estas palabras despertaron antiguos sentimientos en Erik, que había intentado olvidar el ataque sufrido hacía tan solo ocho meses. Aún había noches en las que se despertaba angustiado, recordando algunos de esos instantes de terror—. La campaña fue un desastre: los nobles y ricos mercaderes, que tanto habían presionado al rey a través del Duque de Nordland para que la llevara a cabo, perdieron todo lo que habían invertido sin conseguir nada a cambio. Algunos fuimos tan ingenuos como para creer que este fracaso haría desistir a sir William de seguir interviniendo en los asuntos de la corona, pero nos equivocamos... —Al llegar a este punto, el general de la guardia real se detuvo y clavó sus ojos en el fuego que caldeaba la habitación—. Sabíamos que era un hombre ambicioso —con-

tinuó a media voz— pero en ningún momento se nos pasó por la cabeza que su ambición fuera tan desproporcionada como para llevarle a planear el asesinato de su propio hermano.

—¿¡Cómo!?! —preguntaron Erik y Árkhelan a la vez.

—¿El rey ha sido...? —comenzó a decir el muchacho.

—Asesinado —concluyó Konrad, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—¡No es posible! —exclamó Árkhelan sin poder esconder su desconcierto—. ¿Cómo?

—Apuñalado mientras dormía —explicó Galvián.

—¡Eso no puede ser! ¡La guardia real vigila las habitaciones del rey y de su familia! —repuso Árkhelan.

—También murieron los dos soldados que hacían guardia —aclaró Konrad.

—No es tan sencillo...

—¿Entrar en el palacio real? —intervino Galvián—. Es prácticamente imposible a no ser que se cuente con ayuda en el interior.

—¿El Duque de Nordland? —preguntó Erik tímidamente.

—Exacto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Árkhelan—. No siento ninguna simpatía por sir William, pero de ahí a acusarle de conspirar contra la vida de su hermano...

—Tenemos pruebas —le interrumpió Galvián.

—Así es —corroboró Konrad.

—¡Explícate! —le pidió Árkhelan.

En el momento en el que Galvián se disponía a hablar, se escuchó un ruido proveniente de la habitación de las chicas.

—Iré a ver —dijo Erik levantándose de un salto y dirigiéndose al dormitorio.

Abrió la puerta con cuidado y entró sin hacer ruido. Enseguida percibió un ligero gimoteo y distinguió un pequeño bulto a los pies de una de las camas. Se acercó cuidadosamente y, poniéndose de cuclillas acarició con suavidad el rostro de su hermana pequeña.



—¿Qué ha pasado? —le preguntó en un susurro.

—Me he caído —respondió Bera llorosa.

—¿Erik? ¿Qué haces aquí? —inquirió Nela incorporándose ligeramente.

—No te preocupes, no pasa nada —la tranquilizó el muchacho—, Bera se ha caído de la cama pero está bien.

—No me extraña que se caiga, no para de moverse de un lado a otro —comentó Nela aún adormilada. La muchacha miró hacia la puerta de la habitación y, al distinguir la cálida luz del fuego y las voces que llegaban desde allí, miró a su hermano con cierta alarma—. ¿Quién está ahí, Erik? Todavía no ha amanecido. ¿Quién ha venido a estas horas?

—Son unos amigos de papá, ya te lo explicaré mañana. Ahora seguid durmiendo —respondió el chico mientras arropaba con cuidado a la pequeña.

—Pero...

—¡Nela, por favor! —le interrumpió Erik.

La muchacha no insistió, conocía suficientemente a su hermano como para saber que no actuaba por capricho.

—Pues entonces, hasta mañana —concluyó recostándose.

—Hasta mañana —respondió Erik y, volviéndose hacia la pequeña, que dormía profundamente, se agachó y la besó—. Hasta mañana, bichejo —añadió en un susurro.

Se dispuso a salir de la habitación pero, antes de llegar a la puerta, se detuvo. Sintió como si al volver donde le esperaban su padre y los dos visitantes fuera a cruzar una línea invisible entre la calma y la guerra. Allí, en el dormitorio de sus hermanas, no había preocupaciones ni problemas, pero en la sala de al lado... Tras unos segundos, abrió la puerta que había dejado entornada y salió de la habitación.

—¿Va todo bien? —inquirió Árkhelan.

—Sí —respondió Erik sin dar más explicaciones.

—Galvián y Konrad me han contado cuáles son las razones que les hacen pensar que el Duque de Nordland está implicado en el asesinato del rey. Aunque son bastante convincentes, no

servirán para demostrar nada, ya que se basan en una conversación que Konrad escuchó casualmente entre sir William y uno de sus lacayos sin que se dieran cuenta.

—¿Entonces...? —comenzó a decir el muchacho.

—Como ha dicho tu padre —intervino Galvián—, nuestras pruebas no son válidas delante de un tribunal; sería la palabra de Konrad contra la del Duque de Nordland, y es evidente a quién le darían la razón. Pero eso no significa que debemos quedarnos de brazos cruzados y permitir que ese sucio conspirador haga lo que le venga en gana para conseguir sus objetivos.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Erik.

—Lo que ya estamos haciendo —respondió inmediatamente Galvián—. En primer lugar, informar a los antiguos miembros de la guardia real y a otras personas leales al rey de lo que ha ocurrido, antes de que sir William extienda su versión de los hechos por todo el reino. Después de esto, nuestra única misión será velar por la seguridad de la familia real, especialmente por la del príncipe Harald.

—¿Creéis que están en peligro? —volvió a intervenir Erik.

—Con la muerte del rey, la corona debería pasar a su hijo primogénito pero, como el príncipe aún es menor de edad, no puede ser coronado. Así que la responsabilidad del gobierno recaerá sobre el siguiente en la línea de sucesión.

—¡El Duque de Nordland! —dijo Árkhelan con desprecio.

—Sí, aunque solo hasta que el príncipe Harald llegue a la mayoría de edad.

—Dentro de ocho meses —aclaró Konrad—. Pero, tal y como están las cosas, es casi seguro que sir William hará todo lo posible para no tener que ceder la corona a su sobrino.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Erik.

—Ya ha asesinado a su hermano, no creo que tenga muchas dificultades para hacer lo mismo con el príncipe Harald —intervino Galvián—. Por eso tenemos que protegerlo.

—¿Y cómo vais a hacerlo? —inquirió Árkhelan.

—Alejándoles del peligro a él y a su familia. Nos los llevare-



mos a Ingerland. El rey Kirsten es hermano de la reina Alexandra; él podrá acogerles y garantizar su protección.

—¿iVais a hacer que la familia real abandone el país!? —preguntó Árkhelan incrédulo.

—Es el único modo de protegerlos —razonó Konrad.

—Pero no es tan sencillo, ¿no? —dijo Erik—. Es decir, si el Duque de Nordland ha dirigido la conspiración para asesinar al rey y así ocupar el trono y, además, va a tener que hacer lo mismo con su sobrino para no cederle la corona, no creo que le guste mucho la idea de que la reina Alexandra y sus tres hijos se vayan al reino de Ingerland hasta que llegue el momento en que el príncipe Harald ocupe el trono de su padre, ¿no crees?

—Por supuesto —respondió Konrad—, por eso tendremos que hacerlo en secreto y lo más rápidamente posible.

—¿Y qué opina la reina el respecto? —se interesó Árkhelan.

—Está sufriendo mucho —dijo Galvián con tristeza—. Ama profundamente al rey y perderlo así... Ha sido un duro golpe para ella, pero es una mujer fuerte e intenta sobreponerse. Le informé sobre el papel de sir William en el asesinato del rey, me dio la impresión de que no le sorprendía demasiado. Nunca ha sentido un gran aprecio por el Duque de Nordland, consciente de su ambición y de su envidia. Le expliqué mi plan y las razones que lo motivaban; no le gustó la idea de marcharse dejando el gobierno en manos de sir William, ni tener que involucrar a su hermano y al reino de Ingerland, pero comprendió que era por el bien de sus hijos y también del país. El príncipe Harald no podrá prestar ningún servicio al reino de Altenbruk si lo asesinan. Tendremos que prepararnos para el día en que pueda reclamar la corona; sir William no la cederá voluntariamente.

—¿Prepararnos? ¿Cómo? —preguntó Erik.

—Ahí es donde entráis en juego vosotros —aclaró Galvián con una leve sonrisa—. Varios oficiales de la guardia real, junto con Konrad y conmigo, permanecerán en Ingerland cuidando de la reina y su familia. Entretanto, vosotros y otras personas debéis preparar el terreno para cuando llegue el momento de la

coronación del príncipe Harald. Habrá que reclutar un ejército en la sombra que dé la cara cuando sea necesario. Es una misión complicada pero ineludible.

—¡Un ejército en la sombra! —repitió Árkhelan sorprendido.

—¿Podremos contar con vosotros? —preguntó Galvián clavando los ojos en su amigo.

Erik miró a su padre en silencio. La misión que les estaban encomendando no solo era difícil, también era muy arriesgada. Si todo lo que les habían contado era cierto, una vez que la familia real abandonara el país, sir William asumiría el gobierno y, por lo poco que sabía de él, se encargaría de erradicar hasta el más mínimo brote de rebelión. Si eran descubiertos, les acusarían de traicionar a la corona y lo pagarían con sus vidas, no le cabía la menor duda.

—Cuenta conmigo —respondió finalmente Árkhelan.



Capítulo II

—¡No es justo!

—¡Vas a despertar a tus hermanos, Erik! —le reprendió Árkhelan a media voz mientras volvía de cerrar la puerta. Galvián y Konrad acababan de marcharse.

—¡No es justo! —repitió el muchacho en un susurro—. Galvián nos pidió ayuda a los dos, no solo a ti.

—Es cierto, pero no quiero que te metas en este asunto, es peligroso.

—¿Y qué? Hace tiempo que dejé de ser un niño...

—Ya lo sé.

—¿Entonces...?

—Ya te lo he dicho, es muy peligroso —respondió Árkhelan pacientemente.

—¿Y para ti no lo es? —replicó el muchacho intentando mantener la calma.

—Sí, claro que para mí también es peligroso, por eso mismo no puedo permitir que te involucres en este asunto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erik desconcertado.

—Imagínate que los dos nos ponemos a trabajar reclutando gente dispuesta a apoyar al príncipe Harald y que un día nos descubren los espías de sir William, nos detienen y nos condenan a muerte. ¿Qué pasaría con Robert y con las chicas? ¿Quién

cuidaría de ellos, Erik?

El muchacho miró fijamente a su padre intentando encontrar una respuesta apropiada. La sangre bullía en su interior y apretaba los dientes sin darse cuenta, fruto de la tensión del momento. Tras unos instantes de silencio, su rostro se relajó y suspiró decepcionado mientras decía:

—Supongo que tienes razón, no podemos involucrarnos los dos. ¡Tengo una idea! —añadió de repente—. ¿Por qué no te mantienes tú al margen y me encargo yo de la misión? —Árkhelan no se molestó en responder, miró a su hijo mientras enarcaba una ceja, esperando que él mismo contestara a su pregunta—. Porque tú fuiste general de la guardia real y la gente te hará más caso a ti que a un chaval de diecisiete años a quien nadie conoce —sentenció Erik en tono malhumorado—. ¡Me voy a la cama! Buenas noches —se despidió con desgana.

—Buenas noches —respondió Árkhelan siguiendo a su hijo con la mirada.

Erik no consiguió dormirse de nuevo; permaneció tumbado en la cama, pensando en todo lo que les habían contado Galvián y Konrad. Cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana, se levantó, se vistió y salió de la habitación.

—Buenos días.

El muchacho, que no esperaba encontrarse a nadie tan temprano, dio un respingo al escuchar la voz de su padre saludándole.

—Buenos días —respondió sobreponiéndose al susto—. ¿No te has vuelto a acostar?

—No —reconoció Árkhelan—, tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—La verdad es que yo tampoco he dormido nada. ¿Has decidido ya qué vas a hacer? Quiero decir, si tienes algún tipo de plan o algo así.

Árkhelan rió divertido ante la pregunta de su hijo.

—Sí, algo así.



Erik se sentó junto a su padre y lo observó unos instantes mientras este mantenía la vista clavada en el fuego. Al verlo de cerca, le llamó la atención cómo el cansancio y la tristeza ensombrecían el rostro del antiguo general.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el muchacho deseoso de ayudar a su padre.

—Pues la verdad es que no muy bien —contestó Árkhelan con sinceridad—. El rey Sigurd era un gran hombre. No era perfecto y algunas de las decisiones que tomó quizá fueran erróneas, pero siempre buscaba lo mejor para su pueblo.

—¿Llegasteis a haceros amigos?

—No creo que pueda hablarse de amistad. Era el rey y tenía que mantener las distancias con sus súbditos para que no le perdieran el respeto, pero siempre me trató con amabilidad y cierta deferencia. Era muy agradecido y atento con las personas que trabajaban a su servicio... ¡Que Dios se apiade de su alma! —concluyó Árkhelan sin ocultar su dolor.

—¿Qué opinas del plan de Galvián de llevarse a la familia real? —Se apresuró a preguntar Erik intentando reconducir la conversación.

—Como él dijo, no queda otra salida. Si el príncipe Harald corre peligro, lo mejor es alejarlo de sir William, aunque no va a ser tan fácil lograr que sea coronado cuando llegue a la mayoría de edad.

—¿Por qué no? —se interesó el muchacho—. Eso es lo que no entiendo. ¿Por qué hace falta un ejército clandestino? Según la ley, él es el heredero y si reclama el trono cuando llegue el momento, el Duque de Nordland no puede negarse a que sea coronado, ¿no?

Árkhelan se volvió hacia su hijo para mirarlo directamente a los ojos. El muchacho se sintió un poco intimidado y permaneció en silencio, no sabiendo cómo reaccionar.

—Ojalá fuera tan sencillo —dijo al fin.

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros vivimos en una pequeña aldea donde todos nos conocemos y respetamos. Cada uno se preocupa de conseguir

lo mejor para sí y para los suyos, intentando cumplir sus obligaciones para con los demás habitantes de la aldea. Hay unas leyes sencillas, que regulan las relaciones entre las personas, y si alguien piensa que se ha cometido una injusticia, lo denuncia al consejo del pueblo y ellos se encargan de juzgar los hechos y tomar las decisiones oportunas. Además, hay unos alguaciles que son los responsables de que las decisiones del consejo de ancianos se lleven a cabo, ¿no es así?

—Sí, claro —respondió Erik sin saber muy bien adónde quería ir a parar su padre.

—Bien, pues imagínate que existiera un grupo de personas con muchas tierras y riquezas, con cientos de campesinos trabajando para ellos, con tanto dinero y posesiones que pudieran incluso disponer de un ejército propio para su defensa. Imagínate que esas personas llegaran a la conclusión de que algunas de las leyes, que todos respetan y que están ahí para el bien común, van en contra de sus intereses y les dificultan obtener más beneficios, y decidieran que no van a cumplirlas. ¿Qué pasaría?

—Tendrían que obligarles a cumplir las leyes a la fuerza.

—Correcto, pero ¿qué ocurriría si resultara que la persona que debía velar por que se cumplieran las leyes estuviera de parte de este grupo de poderosos? ¿Quién haría que se cumpliera la ley entonces?

—El ejército —respondió el muchacho sin mucha convicción.

—El ejército está formado por oficiales y soldados que deben lealtad a la persona que ocupa el trono.

—Pero si lo ocupa ilegítimamente...

—Entonces deberían rebelarse, pero ¿quién se atreverá a denunciar esa situación? —Erik no respondió—. Además, como te he dicho antes, esos poderosos tienen sus propios ejércitos, no tan fuertes ni bien preparados como el ejército del rey, pero sí lo suficientemente eficaces como para sofocar pequeñas rebeliones.

—Pero quizás haya algunos oficiales que no estén dispuestos a que sir William se quede con el trono —dijo Erik—. Si se unen



entre ellos, una gran parte del ejército les seguirá y podrán plantar cara a los que pretenden usurpar la corona.

—Tienes toda la razón —admitió su padre—, así que esa es la primera parte de mi plan: averiguar qué oficiales están dispuestos a rebelarse contra el Duque de Nordland cuando llegue el momento, y hablar con ellos para fijar nuestra estrategia.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —se interesó el muchacho.

—Con mucha discreción —concluyó Árkhelan.

Después de desayunar, Erik buscó la ocasión de quedarse a solas con Nela. La muchacha había sido lo suficientemente prudente como para no hacer ningún comentario delante de los pequeños sobre lo acontecido en la madrugada. Sin embargo, por las miradas que le dirigió en distintos momentos, Erik no tuvo ninguna duda de que le sería exigida una explicación cuando las circunstancias lo permitieran. Bera no recordaba nada en absoluto de su caída, y mucho menos de la breve conversación que habían mantenido sus hermanos.

—Bueno, qué, ¿me vas explicar lo que pasó anoche? —le espetó la muchacha, una vez que los pequeños salieron de la casa acompañando a su padre.

—¿Anoche?

—¡Erik!

—Vale, vale. No te pongas así —replicó el muchacho sonriendo—. La verdad es que se trata de un asunto muy grave —continuó, adoptando un tono más serio.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Nela, preocupada por las palabras de su hermano.

—Sí —reconoció el muchacho pesaroso.

Delicadamente pero con claridad, Erik fue relatando a su hermana todo lo que les habían contado Galvián y Konrad. La muchacha escuchaba en silencio, intentando asimilar las tristes noticias. Sus ojos se humedecieron y, aunque se esforzó por evitarlo, las lágrimas terminaron surcando sus mejillas. Haciendo un gran

esfuerzo, Erik continuó el relato sin ocultar cómo la muerte del rey iba a influir en sus vidas, y la misión que su padre había aceptado. Al llegar a este punto, la serena tristeza de Nela comenzó a convertirse en una evidente preocupación.

—Si le descubren...

—Le detendrán y, casi con seguridad, le condenarán a muerte por traición —concluyó Erik.

Nela lo miró aterrorizada.

—Pero no tienen por qué descubrirle —intentó tranquilizarla el muchacho—. Papá ha pasado casi la mitad de su vida en el ejército y, aunque evite hablar de ello, ha tenido que llevar a cabo tareas muy arriesgadas. Tiene experiencia y es muy prudente. Nela, no se expondrá así como así.

—Ya lo sé —dijo la chica un poco más calmada—, pero de todos modos sigue siendo muy peligroso. ¿iPor qué no puede encargarse otro!? Él ya ha hecho bastante por este país.

—Intenté convencerle para que me dejara hacerlo a mí pero...

—iErik! —le interrumpió Nela sobresaltada.

—Es la verdad. De acuerdo, es muy arriesgado, pero es necesario. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras un tirano se hace con el poder injustamente.

—Pero ¿por qué nosotros? Esos problemas no nos incumben. La capital está muy lejos. La vida de nuestro pueblo seguirá igual sea quien sea el rey. No me entiendas mal, Erik —repuso la muchacha ante la expresiva mirada de su hermano—. Siento la muerte del rey, y mucho más que haya sido asesinado. Siento que la reina y sus hijos tengan que irse del país, pero no entiendo por qué tiene que ser papá el que arriesgue su vida.

—Papá fue general de la guardia del rey...

—iTú lo has dicho: «fue»! Se retiró hace nueve años, los mismos que acaba de cumplir Robert. Dejó el ejército para poder estar con nosotros y, ahora, ¿va a arriesgar su vida y dejar a su familia sola por una misión suicida?

—No es una misión suicida. No va a estar él solo, seguro que Galvián y Konrad han hablado con otras personas. Nela —con-



tinuó Erik, acercándose a su hermana—, papá ya ha tomado la decisión, te aseguro que no le ha resultado sencillo. ¡Tendrías que haber visto su cara esta mañana! Pero él piensa que es lo correcto y, si tiene que arriesgar su vida, lo hará. No es el momento de rebelarse, no se lo pongas más difícil. Necesita nuestro apoyo, necesita que lo comprendamos y lo aceptemos. Tiene una misión complicada y peligrosa, facilítémosle que pueda concentrarse en ella sin tener que estar excesivamente pendiente de nosotros.

Nela bajó la mirada, pensativa. Transcurrieron algunos segundos en silencio. Erik la observaba intentando adivinar sus pensamientos. Sabía lo duro que era para ella aceptar la situación. A él tampoco le resultaba fácil pero, de algún modo, entender los motivos que impulsaban a su padre a obrar así le ayudaba a mantener la serenidad. La muchacha levantó la vista, estaban arrasados sus ojos azules en lágrimas, pero su expresión era tranquila.

—¿Y qué haremos si le descubren y le capturan?

Desprevenido, Erik tardó unos instantes en reaccionar. Buscó palabras con las que reconfortar a su hermana ante esa posibilidad, pero no las encontró. Suspiró profundamente y respondió con sinceridad:

—Reza para que eso no ocurra.

